

DE COMPAÑÍA



FRANCISCO JOSÉ CEJUDO MARTÍNEZ

DE COMPAÑÍA

Francisco J. Cejudo Martínez

A Abril y Eric

Es imposible tener hijos y no intentar, modestamente, crear algo de lo que puedan llegar a sentirse orgullosos algún día.

1

La tarde era triste como el color de una fotografía antigua. A Marcus le seguía incomodando tener reuniones privadas en aquella sala. Cuando estaba llena de personas y le rodeaban pantallas con cifras (sus adoradas cifras, costes y estadísticas) podía soportarlo, pero cuando estaba solo y sin los proyectores, era inevitable fijar la atención en los cuerpos con secciones abiertas, repartidos por las mesas, mostrando su interior electromecánico. En una de las sillas uno de los androides parecía una joven salvaje y asustada que hubiesen llevado a la civilización. Encogida en el asiento con la cabeza escondida entre las rodillas. Era imposible no imaginarse historias como aquella para cada uno de los cuerpos sintéticos completos que había en la sala.

El hecho de que el director le hubiese convocado en privado y con urgencia, le forzaba a mostrar una postura natural, de modo que se obligó a omitir el entorno y centrarse en el mensaje.

Se acomodó en el mejor sitio que encontró, tenía a su derecha, en una bandeja, un catálogo tridimensional de pezones sorprendentemente reales, ordenados por tamaño, tono y relieve, y a su izquierda los nuevos sistemas de refrigeración para los procesadores.

Finalmente Roma entró en la sala, cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella y se quedó de pie mirando al suelo en silencio, buscando las palabras con las que empezar.

Ante sus ojos Marcus tenía a un hombre que parecía llevar décadas cumpliendo cuarenta y cinco años. Alto moreno, muy delgado y peinado con aquella precisa raya diagonal que le cruzaba la cabeza tal y como dictaba la moda entre los ejecutivos.

Roma, (cuyo nombre se debía a la moda que hubo entre las familias acomodadas de poner a sus primogénitos nom-

bres de importantes ciudades históricas), presumía de haberse hecho a sí mismo y a la empresa desde cero, lo que, sin restarle méritos, tampoco era cierto del todo. Su padre tenía una importante fábrica de electrodomésticos y en cuanto Roma acabó los estudios, le hizo responsable único de un nuevo departamento para ponerle a prueba. Nunca se supo si el padre no daba nada por el proyecto o si era su gran apuesta de futuro.

Aquel departamento de la fábrica pretendía cubrir el único hueco al que no llegaban sus electrodomésticos robotizados: los juguetes sexuales.

En vez de sentirse incómodo o menospreciado, el joven Roma abordó el proyecto como un reto personal. Se rodeó de los mejores expertos en software y hardware miniaturizado de la empresa y contrató a especialistas en diseño e implantación de prótesis médicas.

En menos de medio año tuvo los primeros prototipos operativos: auténticas reproducciones de partes del cuerpo, idénticas en forma, peso y textura. Sencillamente parecían arrancados de uno real. Diseñados para practicar sexo (o para *estudios de anatomía* se atrevió a mentir alguno), convencían a todos los sentidos en acción y en reacción.

Pocos meses después, cuando estaba a punto de agotar el presupuesto límite por incorporar al equipo cirujanos plásticos, una vez superadas las exigentes pruebas del Estado, salieron a la venta.

Después todo fue sorprendentemente rápido: la minuciosidad del diseño anatómicamente perfecto, (detalles como lunares, vello superficial microscópico o la reacción de la piel al contacto), hizo que las ventas se disparasen a pesar del precio prohibitivo para unos dispositivos ideados únicamente para proporcionar placer sexual, fuese del tipo que fuese.

Roma decidió centrarse en esos pilares: un producto de calidad realmente inimitable (y, ya que los materiales, el diseño y las reacciones así lo requerían): al alcance solo de

unos privilegiados, o de aquellos que estuviesen dispuestos a sacrificar todos los demás caprichos por uno de estos *juguetes*.

El pequeño departamento pasó a ser el número uno en margen de beneficios, lo que permitió un aumento exponencial del dinero a invertir en desarrollo y diseño de conjuntos más complejos y completos.

Prácticamente funcionaba ya como una empresa aparte cuando sacó oficialmente el primer androide de compañía. Comparado con los actuales modelos, aquel primero casi parecía tosco en algún detalle, pero cuando salió a la venta parecía sencillamente tan real y ofrecía tal abanico de configuraciones a elegir en la compra, que los críticos en su día dijeron que era como *“comprar un hombre o una mujer para practicar sexo”*.

No se trataba solo de un *muñeco perfecto*, el software que le permitía entender las conversaciones, hablar, y simular tener iniciativa, hicieron que fuese la revolución total: Grupos religiosos manifestándose en contra, bancos creando créditos especiales para que pudiesen estar al alcance de cualquier bolsillo, leyes creadas para prohibir la réplica de personas reales, por supuesto la ley de prohibición de crear réplicas de niños, la salida a bolsa de la empresa. ¡Hasta el gremio de prostitutas legales salió a las calles a protestar!

Una auténtica hemorragia de Eurodólares. Y finalmente la separación definitiva de Real Life Droids como sociedad a parte, (*La Empresa* como la calificaron).

Su padre vivió lo suficiente para ver como aquel imperio se posicionaba entre las cuatro compañías más poderosas del país, dirigida con mano firme por su creador: el hombre con nombre de ciudad de emperadores. La mente prodigiosa que en ese momento seguía buscando palabras derramadas por el suelo, para dirigirse a su empleado y confidente.

—No me tengas así, Roma, por favor. Empieza por donde sea, arranca con cualquier cosa joder, pero no me tengas en ascuas.

—Disculpa Marcus —sonrió sin humor mientras se pasaba nerviosamente la mano por el pelo, desde la frente hasta la nuca— son... son muchas cosas. Importantes acontecimientos... hay que pensar en las posibles consecuencias y el escenario...

—¡Arranca ya! —en otra situación no se habría atrevido a dirigirse así a su superior, por mucha confianza que tuviese, pero se estaba poniendo nervioso.

Roma lo miró atónito, como si acabara de aparecer delante de él. Y de inmediato reaccionó afirmando con la cabeza, en silencio, aceptando el problema que tenía que afrontar. Tomó aire...

—Ha muerto una persona que poseía uno de nuestros androides de compañía —dijo secamente, mirándole directamente a los ojos y haciendo una larga pausa, para continuar distraídamente, hablándose más a sí mismo que a Marcus—. La empresa corre peligro, esto puede mandar a pique todos nuestros proyectos, ... dejar la gente sin trabajo... y ya sabes que son... que sois, como mis hijos, o bueno: mis amigos.

Marcus estaba descolocado. Aquella actitud era totalmente inapropiada en Roma, alguien frío, calculador e inalterable. Casi le parecía una actuación. El asunto era grave, pero ya lo sabía, había pasado hace meses.

—Roma, me habías preocupado —dijo sin darse cuenta de que hablaba como si tratase con un crío— ese tema ya está resuelto. Quiero decir... No me malinterpretes, soy humano, quiero decir que fue una tragedia, como toda muerte, pero quedó demostrado que fue un suicidio, aquel hombre se quitó la vida. Los de siempre quisieron aprovechar la desgracia para señalar a nuestro androide y quisieron hacer un juicio paralelo antes de que se supiese toda la verdad. Nos hizo algo de daño en bolsa y en ventas pero

tras el juicio, quedó todo claro y las aguas volvieron a su cauce. Volvió la confianza, se estabilizaron las ventas...

—¡Otro!... ¡Estúpido!... Otro —Roma lo miraba con furia y aunque bajó el tono al darse cuenta que había gritado, seguía asustando a Marcus. Éste, que se había puesto en pie durante su monólogo, volvió a sentarse despacio.

—... Q.. ¿Qué?... ¿Qué quieres decir?

—Lo que imaginas. Otro hombre ha muerto en circunstancias sospechosas y estaba solo. Solo y con uno de nuestros androides de compañía en la casa.

Superada la breve crisis de Roma, se dio el cambio de papeles hacia lo habitual: un subordinado desorientado y Roma con su actitud de director de orquesta.

—He hecho unas llamadas y...

—¿Cómo has sabido esto? No... no he escuchado nada en las noticias y tengo programados los titulares automáticos —dijo señalándose la pantalla flexible inteligente (PFI) fijada en su antebrazo.

Roma se desvió para contestarle.

—Después del otro episodio me aseguré de tener amigos que me pudiesen avisar de cualquier caso antes que a nadie, para poder prepararnos ante nuestros enemigos... solo por si acaso... Como te decía: He hecho unas llamadas, el caso saldrá a la luz en breve, eso evidentemente no podemos evitarlo. Estoy tan convencido como la primera vez de que somos inocentes, así que he conseguido que un investigador privado trabaje para nosotros. Creo que es el mejor en este tipo de casos. También he hablado con el alcalde y tenemos acceso a toda la información del caso anterior y del presente, mientras no intervengamos, y siempre después de la policía. Eso sí... si el asunto empezase a apuntar hacia nosotros los privilegios quedarán cancelados de inmediato; pero bueno... eso... eso no pasará, ya lo sabemos.

Marcus, contagiado por la frialdad recuperada de su superior y centrado tras la explicación, cumplió con la función

para la que sabía que le había convocado: lanzar preguntas sobre lo hecho en busca de posibles fallos.

—No tenemos en nómina ningún investigador privado y ya no digamos uno especializado, ¿cómo has conseguido uno con tan poco tiempo y que sea bueno?

—Solo he llamado al único que me vino a la memoria, y dispuesto a hacerle cualquier oferta porque tenía el tiempo en mi contra. No sé si he tenido suerte o es que he conseguido ser lo suficientemente persuasivo, pero aceptó trabajar para nosotros y está de camino al lugar de los hechos.

—¿Y le dejarán acercarse? Has llamado al alcalde, pero eso solo ...

—Bueno, el alcalde habrá llamado a otros del departamento de policía, ya sabes una... cadena de favores. Lo que me recuerda que has de sacar de stock cinco unidades del último modelo en mujer, las especificaciones ya nos las enviarán —añadió distraídamente.

Marcus era consciente del dinero que eso suponía, pero dado lo que había conseguido, lo consideraba una nimiedad.

—Sin problema, claro —dijo mientras lo registraba en su PFI.

—Lo dicho: al llegar le darán la información del otro caso, no hay relación alguna con el de ahora, pero prefiero prepararme esta vez para lo que sea y que Leo esté al tanto de cómo nos suelen intentar atacar.

—¿Leo? ¿Solo Leo?... —buscó en su memoria pero no encontró un apellido con el que acompañarlo, y por la familiaridad con que lo había dicho Roma entendía que debería reconocerlo— un momento... ¿no es el tipo que defendió al androide del caso de robo?

—Más que defender al androide (lo que habría sido un teatro ridículo) acusó al culpable real. Leo fue el investigador que consiguió las pruebas decisivas.

—Los medios lo apodaron el *defensor de los androides* —dijo Marcus, entrecomillando con los dedos el título—.

Coincido contigo en que puede ser muy acertado haberle elegido y que hemos tenido mucha suerte de encontrarle disponible e interesado.

—Creo que le he convencido gracias a los honorarios prometidos, las facilidades y a incluir en el lote, de regalo, un androide de compañía, con la excusa de que sepa de primera mano como son y actúan nuestras obras —Roma nunca habría dicho *productos*. Sonrió visiblemente orgulloso de lo infalible que había sido la oferta y considerando que un investigador privado, solo habría podido adquirir una de sus máquinas perfectas hipotecando sus propios órganos internos.

Roma no tenía ni idea de cuántas eran las cosas en las que se equivocaba respecto a lo que había pasado realmente, y jamás lo sabría.

Los medios de comunicación, tan amigos de generar títulos atractivos en pro de las ventas, apodaron *defensor de los androides* a un detective al que el azar (y solo en una ocasión) había llevado hasta un caso relacionado con un androide, o para ser más precisos, un caso con un hombre que tenía uno. Eso ya formaba parte del pasado.

Ahora Leo se encontraba en un momento de su vida en el que poco le importaba el dinero. Y poco o nada le importaba su propia vida. Y a este tipo que siempre había odiado a los suicidas por cobardes, justo en el momento de decidir si lo sería también o no (si fuera posible elegir), una llamada *le salvó*. En esa llamada un hombre nervioso le daba explicaciones rápidas, una oferta, una dirección y un *regalo* especial. Cuando colgaron aún estaba procesando la primera parte de la conversación en la que se oía a si mismo decir que aceptaba el caso.

2

En un día normal Leo, mirando por la ventana, habría elegido con qué ropa salir a la calle, según el tiempo que hiciese.

También llevaría su PFI pegada al antebrazo izquierdo desde el momento de levantarse y habría estado recibiendo su dosis diaria de noticias del mundo, mientras repasaba mentalmente los lugares a visitar en la jornada y en qué orden hacerlo. En un día normal no habría tenido la batería de su arma cargada. Y ésta no descansaría sobre una mesa, mientras la contemplaba derramado en el sofá.

El modelo de la pistola era el que usaba la policía en el periodo que trabajó allí. Estaba seguro que ahora utilizaban otra versión, más moderna, pero dado lo poco aficionado que era a las armas y el poco o nulo uso que hizo de ellas, había sido el único modelo y tipo de arma al que se había acostumbrado.

Leo era un hombre moreno con el pelo corto, muy rapado por los lados, al estilo militar; de estatura media, piernas delgadas y torso y brazos musculosos. Mandíbula angulosa y pómulos marcados que le dibujaban un rostro duro y atractivo a pesar de la dejadez y la falta de afeitado. Iba vestido solo con un pantalón largo de deporte y lucía un gran hematoma en el costado que se acariciaba involuntariamente de vez en cuando con un gruñido.

Paseó la mirada por el amplio salón mientras se incorporaba acomodándose en el sofá. En las constantes visitas de su hermano, éste le había ido quitando disimuladamente las antiguas fotografías de su hijo y su pareja, madre del pequeño.

Antes llenaban las estanterías, rompiendo con el habitual minimalismo que dictaba tener solo un marco digital que fuera pasando las imágenes una tras otra o un proyec-

tor oculto que las dibujara en una pared lisa. Pero el intento, bien intencionado aunque torpe, de su hermano solo había dejado huecos que a él le recordaban lo mismo que las propias instantáneas desaparecidas.

Había elegido una de las pocas fotografías impresas que le quedaban de su hijo y era la que estaba sobre la mesa, junto al arma cargada.

El conjunto era un cliché tan usado por el cine y la literatura, que casi le habría hecho sospechar si se lo hubiese encontrado él mismo en el escenario de un crimen, tan perfectamente típico y estudiado que solo podía ser un montaje.

Había vuelto a pasar: Concluido un caso que, aun siendo sencillo, le había mantenido entretenido unos días, volvía a tener tiempo para estar en casa y pensar (o *regodearse en su pena*, como decía su hermano Paul).

Paul era dueño y esclavo de un moderno y modesto bar que ni reunía lo peor de la ciudad ni salía en la lista de locales más exquisitos.

Por ayudante tenía a un androide sencillo que de cintura para arriba era una lejana imitación de una voluptuosa chica, y de cintura para abajo era una estructura metálica anclada a unos raíles del suelo, que le permitían moverse tras la barra. Un modelo básico que no daba conversación fluida porque no reconocía todos los registros de voz, ni las ironías, ni todas las enfatizaciones; pero que servía copas, tomaba nota, cobraba y limpiaba mejor que el propio Paul.

El local contaba con unas pocas mesas y al fondo tenía un pequeño escenario, en el que dejaba actuar a artistas noveles de forma gratuita. A cambio de estas modestas promociones solía tener el local lleno y se renovaba la parroquia según la actuación de cada noche.

Todo ello le restaba tiempo para poder vigilar más de cerca a su hermano menor.

Le visitaba frecuentemente, siempre sin avisar y cuando no podía hacerlo (como el día anterior) al menos se conec-

taban con las consolas y con un hardware ilegal de simulación de lucha, con el que combatían con un juego, hasta que uno de los dos se hacía daño de verdad.

La versión comercial del juego era un clásico con traje de realidad virtual, en el que cada contrincante (niños incluidos) podía pelear desde su casa marcando los impactos con luces y sonidos. La cara versión que consiguió Paul, era la que, según la leyenda, desarrolló el ejército ruso para extender los entrenamientos reales al terreno lúdico y al hogar de los soldados. Esta versión era mucho más grande y aparatosa ya que conseguía que los golpes que lanzaba un oponente le *llegaran* al otro como impactos reales. De ahí el recuerdo del costado de Leo.

Con esta excusa se mantenían en forma y sobre todo en contacto.

Pero Paul no sabía que Leo acababa de terminar un caso y tampoco cayó en la cuenta de que ese día habría sido el octavo cumpleaños del pequeño Mike (el nombre que a Leo no le acababa de convencer cuando se lo propuso su antigua pareja pero que ahora asociaba al hijo perfecto... Al desaparecido hijo perfecto).

Primero se quedó sin Mike y luego sin ella... la maldita *chica-gato*.

Leo llevaba medio año entrando y saliendo de esas *crisis*, y estaba decidido a que no se repitieran ni una vez más. Medio año decidiendo periódicamente si seguía recordándolo y viviendo, o si se reunía con él. Medio año con el discurso típico y constante de su hermano y de especialistas: *él no querría verte así... Más no pudiste esforzarte por él, esté donde esté lo sabe... Eres muy bueno en tu trabajo, encuentras gente y salvas vidas... Etcétera, etcétera, etcétera*.

Como todos, su cerebro tenía una parte racional lógica, y una parte emocional subjetiva, y si uno no conseguía alinearlas positivamente, se podía acabar frente a una fotografía y una pistola.

—Ya está —dijo en voz alta, alargando la mano.

Fue en ese momento cuando sonó la llamada. Se miró el antebrazo instintivamente, confuso por la ausencia de su PFI abrazándole el músculo.

El momento de la llamada había sido tan proverbialmente preciso, y le encontró tan desorientado, que no pudo evitar levantarse para mirar quién era.

En lo que para él hacía un siglo había sido un despacho, tenía su taller de electrónico aficionado, ordenado a pesar del abandono. Sobre la mesa su PFI seguía sonando insistentemente. Irónicamente le vino a la cabeza que sobre esa misma mesa hizo el amor por primera y última vez con su vecina... si a eso podía llamársele "hacer el amor".

Recordó como una rápida secuencia de fotogramas la tarde que ella entró para despedirse, concluida la mudanza; cómo se miraron, cómo ella se entregó, prácticamente arrancándose la camiseta mientras se besaban torpe y apasionadamente, sin pronunciar una palabra. Recordó su cuerpo delgado pero atractivo, el calor de sus arañazos y el tacto de su trasero atlético al acariciarlo. Cuando acabaron Leo, sin saber muy bien qué decir, dejó escapar un estúpido "gracias" al que ella contestó riéndose mientras se marchaba: "¿Gracias?... Llevas deseando esto meses, sin atreverte a pedirlo. Es triste que sea mi mudanza, la última oportunidad, lo que lo ha propiciado... una verdadera lástima...".

En una tabla de éxitos y fracasos sexuales Leo no sabría en qué columna marcarlo.

Apartó de su cabeza sus inoportunos recuerdos, se ajustó el aparato en el brazo y aceptó la llamada sin modo video y con audio libre.

Resultó ser un hombre llamado Roma. Hablaba rápido y atropelladamente, como si estuviese en mitad de un incen-

dio. Mala combinación para el estado de concentración de Leo.

Mientras le escuchaba volvió al sofá y vio la pistola y la fotografía como si fuesen objetos extraños, de otra casa. Se perdió un par de frases mientras recogía los dos objetos y negó con la cabeza, chasqueando la lengua apesadumbrado, imitando involuntariamente el gesto que habría hecho su hermano, de haberle visto.

... Honorarios... Libre acceso a la información... Cuando consiguió centrarse en la conversación, Roma estaba relatóndole los detalles de un asesinato y de un suicidio anterior no relacionados, pero con algo en común. El *algo* por el que hacía tiempo que no le llamaban: casos relacionados con esos androides tan increíblemente reales.

Dejó de lado lo de los androides y se quedó con el hecho de poder dar caza a un asesino y tener la mente ocupada.

—Ha estado callado todo el tiempo, señor...

—Leo, estoy acostumbrado a que me llamen sencillamente así.

—... Bueno, pues no sé si está interesado y disponible o si le estoy cargando de información sin darle oportunidad a contestar.

—Estoy libre.

—Perfecto... Leo —Roma soltó aire con alivio, como si le hubiesen dado por fin permiso para respirar.

Roma continuó dándole los datos del lugar del crimen donde, por lo que le indicó, ya tenía permitido el acceso. A Leo le sorprendió que pudiese ir para allá de inmediato, estando aún la policía en el escenario. Había grandes intereses en juego y buenos contactos, eso no se lo tenía que adelantar nadie.

Iba a anotar en la pantalla la dirección cuando vio cómo le llegaba directamente de parte de Roma y retiró el dedo sonriendo.